

Justo García Morales¹

Luis Ángel García Melero

RESUMEN

El propósito de este artículo es realizar una breve semblanza de Justo García Morales con motivo de la presentación de sus *Memorias de un miliciano rojo*, editadas por el Ayuntamiento de Orihuela, y escritas durante la guerra civil española. Justo García Morales fue, además de bibliotecario, crítico literario y director de varias colecciones de facsímiles de impresos españoles antiguos. Su actividad como bibliotecario se centró en la información bibliográfica y en la valoración y adquisición del patrimonio bibliográfico y documental español.

PALABRAS CLAVE: Justo García Morales; Bibliotecario; España; Bibliotecas; Servicio Nacional de Información Bibliográfica; Centro Nacional del Tesoro Documental y Bibliográfico; Patrimonio bibliográfico; Guerra civil; Memorias

Mis primeras palabras no pueden ser otras que expresar nuestro más sincero agradecimiento (hablo en nombre de toda la familia) a Antonio Luis Galiano Pérez, Emilio Diz Ardid y al Ayuntamiento de Orihuela.

A Antonio Galiano en particular por cuanto ha hecho y hace por las memorias de mi abuelo, Justo García Soriano, y de mi padre, Justo García Morales, contribuyendo a que no mueran del todo para personas ajenas a la familia. Lo hace procurando la reedición o, como en este caso, la edición de sus escritos y la conservación del archivo particular de mi abuelo.

Nuestra gratitud ha de extenderse también al Ayuntamiento de Orihuela y, en especial, a D. Manuel Hernández Tarrés, anterior Concejal de Educación y Cultura, y a D^a Josefina Ferrando García, Concejal-delegada de Cultura, Turismo y Patrimonio Histórico, que ha escrito la presentación del libro. Sin el beneplácito y patrocinio del Ayuntamiento muchas de las iniciativas de su cronista, Antonio Galiano, no hubieran sido posibles. Ello demuestra una sensibilidad

¹ Texto leído en el acto de la presentación del libro “Memorias sentimentales de un miliciano rojo” de Justo García Morales en el Auditorio del Conservatorio (antigua Lonja) de Orihuela el día 24 de abril de 2008.

institucional hacia la cultura y sus personalidades pasadas que no es frecuente. Deseamos que esta comprensión también se extienda al presente, pues las oriolanas y oriolanos de hoy serán el motivo de orgullo del futuro.

La finalidad de mis palabras es dar a conocer al autor de las *Memorias sentimentales de un miliciano rojo*. Aunque es conocido por algunos bibliotecarios e investigadores literarios, obviamente no lo es para la mayoría de la sociedad. Fue uno más de los miles de millones de individuos de la especie humana que han habitado el planeta Tierra. Para los que le conocimos fue un hombre excepcional, humano, bueno, generoso, culto, inteligente, con una memoria asombrosa, y con una capacidad envidiable: sabía tratar de la misma manera a la persona más humilde y a la de mayor rango social. Pensarán que exagero, pues soy su hijo, pero pregunten a otras personas y lean sus Memorias, que, aunque escritas en su juventud y en circunstancias excepcionales, dejan traslucir cuanto les he dicho.

Mi padre nació el 19 de enero de 1914 en Madrid. Sus padres fueron Justo García Soriano (natural de Orihuela, como bien saben) y Eloísa Morales Doblado, natural de Villasequilla (Toledo). De este matrimonio vivieron tres hijos: Justo, Ángel y Alfonso. Estos dos últimos aparecen citados con cierta frecuencia en las *Memorias sentimentales de un miliciano rojo* y tienen cierto protagonismo. Su infancia transcurrió, además de en Madrid, entre Albacete (1915-1916), Murcia (1916-1920) y Toledo (1920-1921) ciudades a cuyos archivos de las Delegaciones de Hacienda fue destinado mi abuelo en su condición de funcionario del Cuerpo Facultativo de Archiveros, Bibliotecarios y Arqueólogos. Al poco de regresar de la ciudad imperial, falleció su madre (20 de noviembre de 1921). Este hecho le marcó sustancialmente, pues, cuando su padre iba a trabajar, se tenía que quedar sólo en la casa al cuidado de sus hermanos pequeños temiendo que un día tampoco regresara aquel. También aprovechaba las ausencias de su progenitor para leer todo tipo de libros que abundaban en la biblioteca familiar. Don Justo llevaba a su hijo mayor a las tertulias literarias y a eventos culturales, que, a veces, resultaban un poco aburridos para un niño de corta edad. Todo ello motivó que su sensibilidad se acrecentara y que desde muy pequeño viviera el ambiente literario de la época, lo que quedó grabado en su memoria.

La orfandad duró hasta el 24 de agosto de 1923, fecha en la que su padre se desposó con Áurea Camarero Rodríguez. La conoció en la casa donde vivía uno de sus alumnos predilectos, Pedro Sainz Rodríguez, el que luego sería ministro con Franco, miembro del Consejo privado de Don Juan de Borbón y, sobre todo, humanista, estudioso de la mística española y erudito bibliógrafo. Áurea fue una mujer adecuada para García Soriano. Supo cuidar de los tres hijos del

joven viudo, le dio otros ocho hijos y supo bregar con él la difícil existencia que les reservaba el destino.

Con sólo quince años, comenzó los estudios universitarios en la Universidad Central de Madrid en el curso académico 1929-1930 y los concluyó en 1933. Fue discípulo de personalidades tan destacadas en la cultura española como José Ortega y Gasset, Américo Castro, Manuel García Morente, Miguel Asín Palacios, Pedro Salinas y Pedro Sainz Rodríguez entre otros.

La familia crecía y era necesario aportar algún ingreso económico adicional al sueldo de su padre. Este fue el desencadenante para que se presentara a las primeras oposiciones al Cuerpo Auxiliar de Archivos y Bibliotecas. Su primer destino fue la Biblioteca Pública de Ávila. Se incorporó el día 10 de enero de 1933. Al poco de llegar tuvo que dirigir la Biblioteca, el Archivo Histórico Provincial y el de la Delegación de Hacienda durante cierto tiempo, pues su jefe se trasladó a la Biblioteca Nacional. Además impartía clases en el Instituto de Ávila.

Estuvo en esta ciudad casi dos años y ocho meses, el tiempo suficiente para conocer a Casilda Melero, mi madre. Ella es la destinataria de las Memorias que ahora presentamos y en las que se describe su romántico primer encuentro. Casilda también perdió a su madre el 16 de enero de 1933, tras larga enfermedad, cuando su padre desempeñaba el cargo de alcalde de Ávila.

El riguroso luto de la época y sus grandes ojos impactaron al joven Justo cuando la vio por vez primera. Lo que no podía saber en ese preciso instante es que se convertiría en su fiel y bondadosa compañera de viaje por el resto de sus vidas. El medieval y místico escenario abulense fue testigo de cómo cincelaron sus formas de ser para adaptarse el uno al otro. Su relación física sólo se interrumpía por desplazamientos de Justo a Madrid para estar con su familia. Su traslado a la Biblioteca Nacional, el 1 de octubre de 1935, no afectó al noviazgo: únicamente cambiaba la dirección del viaje y el motivo. Ahora viajaba a Ávila para ver a su prometida y seguir tejiendo su futuro.

A comienzos de 1936, Justo, que pertenecía a la quinta que estaba sobre las armas el 18 de julio de ese año, se incorpora al servicio militar en la modalidad de cuota, que duraba sólo seis meses. Iba planificando su vida y decidió afianzar su situación personal y económica presentándose a una oposición a profesor de instituto de segunda enseñanza, pues se convocaron antes que las del Cuerpo Facultativo de Bibliotecarios. No dijo nada a Casilda, en parte por orgullo, en parte por darle una sorpresa. Mientras, continuaba viajando de Madrid a Ávila. Pero hubo un viaje que tardó tres años en

repetirse. Justo también lo narra en sus Memorias: fue a ver a Casilda a Ávila. Se había licenciado y le reveló que en los próximos días se celebraba el segundo ejercicio de la oposición (de hecho se realizó el 19 de julio) y que, con un poco de suerte, podía superarla. Las circunstancias eran difíciles, pero parecía poco probable que ocurriera lo que sucedió: la guerra civil, que les sorprendió a cada uno en un bando.

Los primeros instantes resultan confusos y desde el comienzo se pone de manifiesto la dificultad de comunicarse y de saber el uno del otro. Algunas tarjetas, cartas y los breves comunicados a través de la Cruz Roja.

Casilda permaneció en Ávila y allí tuvo que vivir los avatares que se pueden imaginar en el seno de una familia, cuyo padre había sido alcalde con la República y su hermano mayor fue encarcelado y estuvo a punto de ser fusilado varias veces. Mientras tanto había de acoger y atender a soldados alemanes que ayudaban al general Franco.

Justo y su familia también vivieron experiencias complejas. La primera se relaciona con la aprobación del Decreto de 23 de julio de 1936 por el que se crea la Junta que luego se denominaría de Incautación y Protección del Tesoro Artístico. Aunque el cerebro de la parte bibliográfica fue el bibliógrafo Antonio Rodríguez Moñino, también colaboraron en las labores de planificación y realización Tomás Navarro Tomás, y otros bibliotecarios como Teresa Andrés Zamora, María Moliner, Juan Vicens de la Llave, Matilde López Serrano, Ramón Iglesias Parga y María Brey Mariño. Algunos aparecen citados en las Memorias que hoy presentamos. Les ayudaban dos jóvenes auxiliares de bibliotecas en edad militar: Carlos Rodríguez Jouliá Saint Cyr y Justo García Morales.

Para evitar que cayeran en manos de los incontrolados, durante los meses de agosto y septiembre de 1936, incautaron, en Madrid y en las provincias limítrofes, 70 bibliotecas, 500.000 volúmenes y cerca de 40 archivos, sin tener en cuenta los bienes relacionados con el patrimonio estrictamente artístico. Prácticamente todos ellos se restituyeron a sus propietarios al concluir la contienda. Justo participó activamente en estos trabajos y recordaba en especial los llevados a cabo en Illescas, Guadalajara, Palacio de los Duques de Medinaceli y Convento de San Antón de Madrid.

También vivió, aunque se libró de ella, la redada que se realizó en la Biblioteca Nacional el 1 de octubre de 1936, pues se sospechaba que en ella había miembros de la llamada Quinta Columna. La consecuencia más inmediata fue el cierre de la Biblioteca. Un mes más tarde, se le encuadra militarmente, como a la mayoría de los

funcionarios del Estado que residían en Madrid, en la unidad militar Félix Bárcena de la 36 Brigada Mixta. Ahora sí que empieza la guerra para él. Primero estuvo en el frente de Usera de Madrid, luego en Alcoy, más tarde, tras un prolongado paréntesis en Orihuela que aprovechó para comenzar las presentes Memorias, en el frente de Teruel, donde fue herido, en Cataluña, Valencia y Extremadura donde vivió la conclusión de la guerra y se reencontró con su hermano Alfonso. Estos son los escenarios de las Memorias.

La familia de mi padre no tuvo una guerra sencilla, como le sucedió a la mayoría de los españoles. Antes de concluir el año 1936 se trasladan primero a Torrevieja y luego a Orihuela. A esta ciudad llega Justo García Soriano con el encargo de proteger y recuperar el patrimonio artístico. Es la etapa en la que constituye el primer Museo creado durante una guerra. Estos hechos son ya más conocidos pues hay documentos y bibliografía al respecto, por lo que no voy a entrar en detalles.

Hasta la finalización de la contienda padecen estrecheces materiales de toda clase y sobresaltos. Áurea y Justo ven salir hacia el frente a los tres hijos mayores: Justo, Ángel y Alfonso. Las dificultades para comunicarse con ellos son indecibles, aun estando todos en la misma zona de la guerra. Reciben las noticias de la herida de mi padre en el frente de Teruel y, casi al mismo tiempo, la desaparición de Alfonso. Dolor con el que conviven hasta el final mismo, cuando, en el último instante, García Soriano decide no subirse al barco que le llevaría al exilio por no dejar a su familia en España.

Hay que volver a comenzar y para ello se trasladan a Madrid. Lo primero es tratar de conseguir un mínimo de ingresos económicos para subsistir en medio de duras represalias. Justo García Morales se reincorpora a su puesto de auxiliar en la Biblioteca Nacional hacia el mes de mayo o junio de 1939. Se somete a un proceso depurador que se prolongó durante once meses.

Su primer cometido en este centro fue realizar un recuento completo del depósito general de libros. Tiene que soportar de algunos compañeros comentarios contrarios a su ideología política; también le relevan de los servicios de atención a los usuarios con el pretexto de que era demasiado "facilitón" con ellos. Más tarde le encargan registrar las publicaciones que se habían reunido en Vitoria procedentes de la llamada zona nacional. También participa en la redacción de los catálogos de incunables y de impresos del siglo XVI existentes en la Biblioteca Nacional y en la confección del catálogo colectivo de estos periodos de tiempo. Son momentos no muy gratos, como se puede comprender, pero en ellos adquiere y sistematiza los conocimientos bibliográficos y de impresos antiguos que tan útiles le resultarían más adelante.

Obtiene plaza e ingresa en el Cuerpo Facultativo de Archiveros, Bibliotecarios y Arqueólogos el 17 de agosto de 1944. Su primer destino es la Biblioteca Pública de Cáceres, donde permanece apenas un mes, pues solicita la excedencia y se reintegra a su puesto de trabajo como auxiliar en la Biblioteca Nacional. En 1948 logra permutar su destino de Facultativo con el de otro compañero adscrito a dicha institución.

Su sueldo sólo no basta para sacar adelante a sus padres y hermanos y a la familia que acaba de fundar. En efecto, Casilda llega a Madrid al poco de finalizar la guerra. Le acompañan su padre y una tía, que fallecen en breve. Justo se casa con ella el 31 de octubre de 1940 y con la boda concluyen las Memorias, como símbolo de los nuevos tiempos que se abren paso.

Son los años en los que mi abuelo es detenido el mismo día en que fallece una de sus hijas, procesado por su pertenencia a la masonería, encarcelado en las prisiones de la calle General Díaz Porlier de Madrid y de Burgos y, finalmente, desterrado a Toledo. En esta ciudad subsiste escribiendo y publicando algunos libros. En 1946, es admitido de nuevo en el Cuerpo Facultativo de Bibliotecarios y destinado a la Biblioteca de la Facultad de Medicina de la Universidad Central de Madrid. Falleció en el mes de mayo de 1949.

Resulta fácil comprender que en este contexto familiar, inscrito en el entorno nacional e internacional de la terrible década de los años cuarenta del siglo pasado, el sueldo de un auxiliar de bibliotecas no resultaba suficiente para malvivir. Por ello, Justo asume su condición de cabeza de familia e imparte multitud de clases en colegios privados que reparte con sus hermanos Ángel y Alfonso y acometen la constitución de una fábrica de mosaicos a la que Justo García Soriano bautizó con el erudito nombre de *Mosaicos Bizancio*. En compañía de Casilda, venden frutos secos y verduras en un puesto de la plaza del mercado de Legazpi de Madrid. Este negocio dura poco tiempo, pues mi padre regalaba más cantidad de género que el que los compradores podían conseguir con su escaso dinero: el hambre ajena conmovía sus corazones. Pero mientras subsiste este trabajo, Justo se metamorfosea durante el trayecto del tranvía (¿el mismo que le llevaba desde su casa al frente?) que le conduce a la Biblioteca Nacional, colocándose una corbata: ahora es un funcionario más.

Estas variadas y pintorescas actividades, las completa con otras que permiten aumentar los ingresos de la familia. Es en la década de los años de 1940 cuando padre e hijo colaboran con la editorial Aguilar en la publicación de obras de nuestra literatura española, entre ellas la edición del Quijote tan reeditada a lo largo del siglo XX.

La situación de Justo cambia durante los años cincuenta y sesenta en mayor o menor sintonía con la evolución del país. Sus hermanos menores simultanean los estudios con los trabajos, lo que permite que mi padre se centre casi exclusivamente en su propia familia y en su actividad profesional. Ésta viene marcada por su nombramiento como Jefe del Servicio Nacional de Información Bibliográfica en 1952, a propuesta de su amigo y compañero José Ibáñez Cerdá al entonces Director General de Archivos y Bibliotecas, Francisco Sintés Obrador.

La misión consistía en poner en marcha un servicio de información bibliográfica a nivel nacional en cumplimiento de uno de los acuerdos de la Conferencia de la UNESCO de 1950. Dicho Servicio dependía de la citada Dirección General, aunque residía en el edificio de la Biblioteca Nacional.

Además de constituir una importante colección de obras de referencia para atender las necesidades de los usuarios, acometió el diseño y redacción de *Bibliografía española* que aún pervive, aunque en formatos acordes con las tecnologías actuales. Para completar el cometido de aquella, también emprendió el primer catálogo colectivo de publicaciones extranjeras ingresadas en las bibliotecas españolas, cuando aún no existían los grandes catálogos colectivos extranjeros. Completó los instrumentos destinados a difundir la cultura española con la redacción de guías de bibliotecas y con la organización de más de veinte exposiciones bibliográficas.

Además contribuyó a formar nuevos bibliógrafos desde su docencia en la Escuela de Bibliotecarios. En ella se formaron, además de en las escuelas de Barcelona y de Navarra, los bibliotecarios españoles hasta que se crearon las Escuelas Universitarias y las Licenciaturas de Biblioteconomía y Documentación.

Estas actividades y su relación con los usuarios, tuvieron como resultado que cada vez fuera más conocido entre los estudiosos españoles y los denominados "hispanistas". Otra consecuencia fue que se le encargaran la edición de textos literarios y de obras de interés bibliofílico. A ello contribuyeron además sus reconocidas investigaciones sobre la obra de Miguel de Cervantes, su descubrimiento de una pieza de nuestro teatro medieval (*El auto de la huida a Egipto*) y de dos comedias desconocidas de Lope de Vega: *El príncipe inocente* y *El amor desatinado*.

Otra consecuencia de su creciente prestigio fue su designación como Subdirector de la Biblioteca Nacional, puesto que desempeñó durante dos años (1967-1969) y que dejó por motivos personales. Tras reincorporarse al Servicio de Información bibliográfica de la Biblioteca Nacional, fue nombrado director del Centro Nacional del Tesoro Documental y Bibliográfico, cargo que ejerció desde 1972 hasta su

jubilación en 1984. Su trabajo consistía en velar por el patrimonio bibliográfico y documental evitando su salida fraudulenta de España, declarando colecciones particulares bienes de interés cultural y adquiriendo para las bibliotecas y archivos públicos manuscritos, impresos y documentos retrospectivos. Para ello no disponía de mucho presupuesto comparado con el que cuenta en la actualidad, aunque tampoco es suficiente, la Biblioteca Nacional. Procuraba suplirlo mediante unas buenas relaciones con libreros anticuarios españoles y extranjeros y concurriendo a subastas. Estas relaciones contribuyeron a crear una estrecha cooperación con los libreros. Sin duda su carácter y sus amplísimos conocimientos fueron algunas de sus mejores armas. Otras fueron el personal que trabajó con él y las herramientas de las que se rodeó: una buena colección de repertorios bibliográficos y las fotocopias de los catálogos de muchas de las principales bibliotecas ricas en fondos históricos. Con ellas creó una modalidad de catálogo colectivo que le permitía evaluar la rareza de un impreso por su ausencia en centros bibliográficos españoles.

Fueron muchas las colecciones y los bienes que propuso que se declararan inexportables o que compró. No quiero abrumar con una larga enumeración. Me limitaré a citar tan sólo dos que en estos días han estado o estarán de actualidad: el archivo de los Duques de Medina Sidonia y la colección Gómez Imaz especializada en la Guerra de la Independencia de la que el próximo día 2 de mayo se celebrará el bicentenario.

Si mi padre pudo desarrollar todas estas actividades, es porque tenía a su lado a Casilda, que le cuidaba, se preocupaba del día a día y le ayudaba incluso en el trabajo. Así, en los primeros años corregían juntos las pruebas de muchos libros que publicó. En todo momento estuvo con él, aunque ella pensara que no había reciprocidad. ¡Cuántas veces decía con un deje de desilusión, pero que escondía un cierto orgullo, que se había casado con la Biblioteca Nacional!

Multitud de familiares, amigos y compañeros le visitaban en su casa a raíz de su jubilación. Después de morir mi madre el 12 de agosto de 1993, su hija Eloisa y su cuidador (que todavía debe de estar acordándose de él cuando le enseñaba, entre otros asuntos, a manejar repertorios bibliográficos), hicieron todo lo posible para que se distrajera y nos dejara sus recuerdos y conocimientos. Ordenaba y reordenaba cartas, documentos familiares, fotografías y les dictaba o escribía sus memorias en hojas cuadrículadas de cuadernos de anillas. Esos son, al menos para mí, los bienes más preciados que nos han dejado mis padres, porque, releyéndolas, les vuelvo a resucitar en mi imaginación y en mi memoria, aunque sepa que el tiempo mental y el real no son la misma cosa.

Mi padre escribió estas memorias para que, en el supuesto de que falleciera, mi madre supiera qué había sido de él desde que comenzó la guerra civil y que no la había olvidado en ningún instante. Las empezó aquí, en Orihuela, en el número 5 de la calle Pí y Margall, donde residía su familia. La idea de redactarlas se le ocurrió, según él mismo revela, mientras visitaba a su padre en el museo que estaba organizando. Son eminentemente literarias y con una fuerte carga afectiva derivada de su formación, de su carácter romántico y de las durísimas experiencias vividas desde el 18 de julio de 1936. Sin duda tenía sus ideas políticas que las mantuvo en la posguerra y hasta su muerte. Tal vez trató de sintetizar su postura ante la guerra en el soneto titulado *Guerra civil en España* que figura en el apéndice 3 de las Memorias.

Como hombre inteligente, era consciente de que nadie poseía la verdad absoluta y que, por encima de todo, había que luchar contra la injusticia. Le importaban, en primer lugar, sus semejantes a los que procuraba ayudar en cuanto estaba a su alcance. Este interés por el hombre se deja traslucir en el número de personas que desfilan por las páginas del libro, compañeros de vivencias extremas, que aparecen en una o varias páginas y que luego se diluyen como en la vida misma, pero de los que, en muchas ocasiones, nos deja su nombre, un breve retrato físico y psicológico y una sumaria biografía.

La guerra civil fue obra de militares, políticos, sindicalistas, capitalistas, personas de una u otra ideología, en síntesis. En ella también se vieron implicados miles y miles de hombres y mujeres que sólo querían vivir, que, sin duda, fueron las principales víctimas de aquella y que tuvieron que adaptarse a las nuevas circunstancias. A la larga ellos fueron los triunfadores, los que desde su silencio casi biológico sabían dilucidar lo que era necesario para que todos convivieran respetando los pensamientos y sentimientos de unos y otros. De ellos ha sido la transición y la España democrática actual. Mis padres pertenecieron a esta mayoría. Tal vez se supieron perdedores, pero lucharon para sobrevivir, para forjar una formación y un futuro para sus hijos y, por lo tanto, para el país. Quizás algunos les tildarían de colaboracionistas, pero no fue fácil abrirse paso en aquel entorno y ganarse el respeto de sus semejantes.

Madrid, 7 de abril de 2008